

CAROLINA LEÓN ALMEYDA

# Historia general del desayuno

# ÍNDICE

Plaza Elíptica,	9
Historia general del desayuno,	21
Pavo real,	29
Las ventajas de empezar joven I,	39
Las edades,	43
Nada funcionando,	61
Cápsula,	79
Las ventajas de empezar joven II,	101
Alquimia,	105
Las chicharras,	125
Coda,	141

*Para Joaquín*

*Solo cuando nos aplastan sacamos el mejor jugo.*

BOHUMIL HRABAL

*No me digas que queda algo sagrado en alguna parte.*

JOY WILLIAMS

## PLAZA ELÍPTICA

—¿NO HEMOS PASADO YA por este sitio?

—Es como todos los extrarradios, ten un poco de fe. ¿Me permites? Voy a conectarme.

—Ese barrio de ahí, esas casas chatas...

En la cabina del vehículo, el que va sentado detrás a la derecha es el único hombre a ojos vista, y está empezando a impacientarse esta mañana, también a ojos vista. Chasquea la lengua, prepara su teléfono, y busca un ángulo que encuadre solo su cara, aunque un trozo de la ventanilla trasera le resulta inevitable. Conecta la transmisión:

—Este es el día. Este el momento que hemos estado esperando. Hoy os llevo de viaje, si estáis al otro lado, al sitio del que todo el mundo habla. Iremos por la circunvalación un rato y, en algún momento, buscaremos la salida correcta para dar con el Lugar. No hay muchos datos, pero esos pocos coinciden en que tardaremos algunas horas, en que el Sitio está cerca pero no accesible. Incluso puede que tardemos el día entero, bueno, lo que importa es llegar, y seréis testigos conmigo. Este es el canal donde podréis por fin comprobarlo con vuestros ojos. Nos espera un poblado derruido donde vive el lagarto. El lagarto mide un metro más alto que cualquier persona, y sabe lo que no sabemos las personas. Es sagrado y misterioso, solo quiere que lo alabes, y tiene la clave para dejar atrás incertidumbres y miedos. ¡Yo tengo miedo! ¡Tú tienes miedo! ¡Le ponemos fin esta noche! Es importante agradecer al lagarto, por eso, queridos seguidores, ¡no tengáis miedo! Las conexiones que pueda

hacer las haré detrás de la máscara —hace una pausa para colocarse una silicona amoldada, pintada de verde ceniza—. Dicen que, cuando te recibe, te da las respuestas que ya dabas por perdidas... ¡Solo hay que saber llegar! Tengo muchísimo que preguntarle. Os veo dentro de un rato.

La conexión termina y el silencio se estira.

—Cómo se enrolla ese —dice para nadie la mujer de la ventanilla delantera derecha, que va vestida con un traje de novia blanco.

—No sé de dónde sacas lo del lagarto, es un zorro.

—Los pocos que han vuelto no se ponen de acuerdo, pero la mayoría habla de un animal de plumas que habla, un mochuelo de ojos enormes. Por eso solo te recibe al anochecer.

—Es un niño. Tiene dos años y emana luz desde dentro, está rodeado de luz. Tiene dos años desde que lo encontraron, el incendio quemó el barrio de chabolas pero... Es un bebé que nos está esperando...

—¿No teníais mucho que contarle a vuestras audiencias? ¿No iba esto de dar prioridad a nuestras conexiones? ¿Qué parte me he perdido? —habla el de la máscara de lagarto, que se ha quitado para dejar respirar a su rostro oscuro.

Salieron al amanecer, hace unas horas. El vehículo es una furgoneta gris de siete plazas, con la pintura desconchada y una puerta que traquetea y golpetea a cada bache. Surcan autovías entre el tráfico ralo y nervioso, medio lleno de inconscientes. Esa furgoneta es lo mejor a lo que podían aspirar. Hace semanas que persiguen uno de estos viajes clandestinos en busca del sitio, que se publican en lugares escondidos de Internet y se difunden no saben cómo: ellos respondieron, por separado, a uno que solo cobraba quinientos euros por plaza, sin garantías. Se han deshecho de lo que no tienen para acudir a la promesa, que se ha ido haciendo grande y grande, porque ya no quedan promesas como esa.

Han madrugado, demasiado para ser domingo, y han seguido la ubicación que les asignaron hasta el punto acordado de Plaza

Elíptica. Van vestidos con sus mejores galas, si alguien los hubiese visto antes de subir al vehículo habría pensado en una fiesta de disfraces trasnochada. Es francamente probable que se hayan hablado alguna vez detrás de alias complicados, que hayan coincidido en los mismos servidores desde donde se agiganta la bola cada fin de semana, o que les hayan llegado los mismos relatos de intenciones más o menos exitosas. Ellos no lo saben. Han leído sobre reuniones, encuentros, festivales improvisados o «milagros» con los que enfrentar el fin cercano, las historias se contradicen constantemente: pero, en esta parte del mundo, nunca sucede nada de este calibre, las señales están demasiado cerca para pasarlas por alto, y acudir se ha convertido en urgencia, como si de una cita histórica se tratara. (Ninguno sabe hasta qué punto el resto cree en la leyenda, o qué parte creen y cuál quieren registrar como protagonistas en solitario, pero hasta allí han llegado: la peregrinación, el safari sagrado, está en marcha).

—Quizá sea mejor sacarse las caretas entonces, nos queda un trecho. ¿Cómo decís que os llamáis? —dice el de la máscara de lagarto. La pregunta queda en suspenso.

—A mí no me acomoda... —susurra finalmente la de la ventanilla delantera izquierda, una mujer menuda y con gafas de miope.

—Vale, entonces tú serás Mochuela, tú Zorra —Señala a la mujer que va a su lado— y tú Bebita, si te va bien —se lo deja caer a la del vestido de novia, justo delante suyo en la furgoneta mugrienta. Del conductor no ha quedado constancia en ningún archivo.

Ninguna responde a los apodos, Zorra se revuelve en su asiento, todos miran por las ventanillas para corroborar que sigue pasando el extrarradio por sus ojos: la autovía continúa derivando hacia todas las direcciones y no cogen ninguna. Les cuesta saber en qué punto del mapa están en cada momento, y esa tensión los mantiene callados.

La chica apodada Mochuela, con un vestido de tirantes estampado en colores pastel, se dobla hasta el suelo para sacar de su mochila

un libro y el teléfono. Busca su imagen en el reflejo del cristal, con la luz cada vez más alta al otro lado de los edificios, y se hace una foto. Retoca con deditos hábiles y elimina todo rastro inútil: el brazo de la del vestido de novia, las barbas de Lagarto. Queda satisfecha. Abre el libro para buscar una cita que acompañe la publicación.

—Vamos todos de excursión en una furgoneta que parece un avión —Lagarto saca una voz de barítono vibrante y se mece al ritmo de lo que acaba de inventar. Agarra la mano de Zorra para animarla a seguirlo—. Lalala, vamos todos al Sitio, sin movernos del sitiooooo.

La mujer se zafa y regresa a su teléfono, sin dedicarle una mirada, a bucear entre pestañas y aplicaciones. Lagarto siente una gran curiosidad de repente, pero no consigue ver a qué dedica tanta concentración.

La chica vestida de novia va repintándose los labios cuarteados con una nueva capa de *rouge*, con decisión y sin acertar del todo: no tiene ojos. El teléfono la encuadra a tientas y ella ordena: «Grabación».

—Sería allá por 2020. Ni ahora ni en aquel tiempo nos decían la verdad. Algunas personas publicaron noticias del incendio brutal que sucedió al suroeste de Madrid, en una zona de fábricas semiabandonadas y talleres clandestinos que estaban funcionando día y noche para producir equipos de protección. Ah, no te lo habían dicho nunca. Aquello tampoco saltó a las noticias pero, como no consideraron que el incendio fuese a afectar a viviendas, los equipos de bomberos no se dieron ninguna prisa. Ochenta familias se habían asentado desde hacía tiempo en un terreno vacío, y muchas de ellas murieron por aquella lentitud. Es que nadie tenía ganas de encontrar supervivientes, sabéis, tragedia total. Al cabo de unos días se empezó a hablar del niño, el niño pequeño quemado que sobrevivió nadie sabe cómo. Allí sigue, y allí nos dirigimos. El niño espera a los que se atreven a buscarlo para darle amor. El niño se alimenta de amor y por eso sigue siendo un niño eterno. Es esta noche cuando podré susurrarle al oído todo lo que



me merezco, todo lo que he volcado en el mundo y todo lo que puedo seguir dando. Estoy agradecida desde ya, queridas seguidoras. Nos conectamos dentro de un rato.

Bebita apaga su conexión, sonriente. Mochuela resopla y cierra el libro que fingía leer.

—Otra performance hecha de bulos —dice entre dientes, pronunciando «performance» a la francesa.

—¡Qué mona es esta! —exclama la novia a la concurrencia—. Igual si nos explicas qué clase de contenido es el tuyo, que tienes que leer tanto para publicar.

Mochuela hace retroceder los ojos en las órbitas. Siente un pinchazo en la memoria, como si hubiese regresado al patio del colegio. Se ha pasado la vida defendiéndose de los demás por tener curiosidad, por apreciar las palabras y confiar en el conocimiento. Se ha pasado la vida, no muy larga, definiendo internamente una guía moral propia para este momento.

—Acojona, ¿eh? —intercede Lagarto—. Anda, cuéntale a tus seguidores dónde vamos, así aprenderemos un poco de ti.

—Dejad a la lectora en paz —propone Zorra, sin apartar la vista de su teléfono.

Mochuela da la vuelta a la cara para no tener que mirar a la novia de frente, que sigue desafiándola. No tiene más de treinta años, pero le faltan ambos ojos y en su lugar solo queda la piel pegada de los párpados. Definitivamente, no tiene idea de en qué se ha metido.

—Que yo sepa, no estamos aquí para ser amigos, no sé por qué insistís.

Le ha parecido que el conductor ponía el intermitente pero el tic-tic-tic se ha detenido de pronto y solo se escucha la puerta, golpeteando. Las autovías exteriores de la ciudad parecen no acabar nunca. Supone que siguen en la circunvalación que deriva caminos, seguramente en la cuarta de las vías que da vuelta a la ciudad, en un perímetro estirado e imposible, y supone que el conductor tendrá que tomar pronto el desvío. El camino ha de ir haciéndose

cada vez más estrecho, cada vez más lento, cada vez más pedregoso, pero pasado el mediodía continúan viajando a toda velocidad y sin freno. Mochuela —y todos los demás— sabe que el sitio está a las afueras, en un punto no identificado. No es una cuestión de distancia, sino de atinar.

No sabe qué buscan los demás, ella busca regresar a las certezas. Una parte de los relatos que le han llegado conecta con los mitos de acceso al conocimiento, con los portales de la mente que tendrían que abrirse para dar con las soluciones. Soluciones que no es capaz de atisbar por sí misma, pero intuye que sería posible alcanzar. Si no han sabido conjurar hasta ahora una sola teoría correcta, si no hay nadie al volante desde hace décadas, con las poblaciones del mundo dando bandazos enloquecidos hacia la extinción, es porque se dejó de confiar en el pensamiento, y eso la paraliza.

EL AIRE en el vehículo se ha hecho pesado. Zorra va embutida en una especie de mono de vinilo, con una boa de plumas sintéticas y una pabela, todo negro y comprado a cambio de monedas virtuales. La pabela hace toc-toc-toc en el cristal, a la vez que la puerta hace clac-clac-clac. No parece molestarle, pero empieza a resoplar de sofoco. Ella solo ha llegado hasta el coche para seguir apostando. Persigue ser rica y todo lo demás le es indiferente, el final va a llegar lo queramos o no, y será cruento por igual, sean como sean las finanzas de cada cual. Desde que salieron hace horas va revisando sus cuentas en media docena de monedas y cambiando pequeñas cantidades de una a otra. Solo aprecia un poco a Mochuela, el silencio será lo mejor para sobrellevar la excursión, que también es una especie de apuesta. En el fondo, no cree que vayan a encontrar a un zorro, ni a un buda, ni a un loco en camisa de fuerza. Pero tiene que haber algo, y ese algo se puede monetizar.

## HISTORIA GENERAL DEL DESAYUNO

LA DUCHA DE UNA mujer vieja ha de ser breve. Y esta mañana especialmente, en que se siente ajena, vulnerable, basta. Piensa salir airosa del trámite una vez más, piensa espantar todo lo que venga a su recuerdo y ponga en peligro el transcurrir del día. En pocos minutos tiene que estar lista para el desayuno. Que el agua pase y resbale, que se lo lleve todo con su prisa. El agua, efectivamente, resbala, y cuando baja la vista pareciera que escapase directamente de sus pechos. Como hace tanto tiempo, cuando salía leche de ellos. Había una vez una boca diminuta que se agarraba y hacía emerger el alimento desde su interior, desde lo oscuro. Se marea, se agarra a la barra que hay empotrada a los azulejos. El ser es el ser que se alimenta, no sabe otra cosa ni le hace falta teoría. Sobre todo, niños, no desayunéis caca, le viene esta frase que pronunciaba otra mujer vieja, mucho más vieja de lo que ella es en este momento, mientras intenta sacarse con la toalla toda esa ola obscena. La boca diminuta no se va del todo, la boca de R., la que succionaba y no necesitaba nada más que su alimento. Ahora no sabe ni dónde está ni a qué dedica el tiempo libre. Hace mucho de ello. Ya deben de estar esperándola en el comedor.

Si no llegase por su propio pie a la hora del desayuno, sería candidata directa al otro pabellón. El día tiene que empezar, entonces, apretando las mandíbulas para no resbalar en los recuerdos, y abriéndolas después para recibir los alimentos que esperan a las

que no están locas ni impedidas, a las que aún pueden ducharse sin ayuda. Acordemos que el desayuno es imprescindible y sigamos. Se lo prometió a sí misma hace mucho tiempo y en eso están de acuerdo gerocultoras y celadoras, por mera convención. Como una cosa es la leyenda y otra la política, lo cierto es que el desayuno es un trámite más bien corto y desabrido. Los mismos tres tipos de alimentos en bandejas individuales, sin variación salvo los festivos, a los que ella se dedica con devoción hasta que no queda nada en la mesa. El ser es el ser que se alimenta.

Así que tiene frente a sí un vaso de café con leche y tres envoltorios de plástico que guardan: tres biscotes integrales, una magdalena de harina de espelta, una pieza de pan blanco. En el centro de cada mesa están los condimentos sin imaginación alguna: un bote de mermelada, mantequilla, aceite. Ella dividirá el pan en trozos, tres, para comerse cada uno con un ingrediente. Mientras, organiza sus pensamientos y espanta recuerdos. Por espacio de treinta minutos o mientras quede café en el termo. El licuado que ofrecen es una infusión de siete granos en un litro de agua, pero hace las veces. No se debe despreciar la comida. Va a empezar por los biscotes sin sal, lo que menos le gusta, hoy toca confitura de arándanos. Mastica despacio cada bocado. No sonrío. No habla. El desayuno es la comida más importante del día.

La masa es crujiente y áspera en su boca. Come con dedicación recordando un tiempo de desayunos menos áridos. R. tendría seis años y había otro adulto que dormía a su lado por entonces, no recuerda si hombre o mujer. Ve al niño sentado en una cocina luminosa, trozos de árboles al otro lado de la ventana, trastos amontonados en cada superficie; se ve a sí misma cadenciosa, lenta, rellena como una gata preñada de toda la determinación del mundo para que el niño, que tontea desde hace rato, acabe el plato de cereales. Saborea algo como dulce ahí, en esa escena, el desayuno estático, se sabe alineada con una energía blanca como la luz que entra, como de órbita completa. Ha esperado toda la vida ese mo-

mento. R. es un niño caprichoso. Aquel ser se acabaría los cereales como si dependiese de ello la paz del planeta. Ella podría con la pataleta del día, como podía con todas, más tarde saldrían camino de la escuela, y el niño llevaría en su mochila el almuerzo para el recreo, yogur, mandarina o zanahoria pelada y cortada en tiras en un recipiente que resultaba difícil de abrir con sus manitas. Poco importaba si aquellas tiras acababan haciendo de barricada para las procesionarias que poblaban el patio, debajo de los acebuches. Tenía que ser primavera, sí, el trayecto de ida y vuelta a la escuela le olía a mimosas, y al entrar en casa la esperaban con más café, más tostadas con dulce de membrillo, un revolcón soñoliento. R. era su trofeo y después había venido lo demás. Traga el biscote con la laringe tensa como un telar. No duró mucho aquello.

R. era un ser imposible con seis años. Y con siete. Y con ocho. Aunque por entonces se habían quedado solos. Ella lograba, cada día, doblar su negativa cruzando los brazos y sonriendo detrás del flequillo cortado como con podadora. Cuantas más manías desple-gaba el niño, cuanto más grandes los lloros, más firme su paciencia. Tendría cuarenta y tantos. Recogía los restos de una compota de frutas de la mesa sin asomo de resentimiento. Los restos de un batido de vainilla, tarareando y sin que mermase su entereza. Ganaba siempre. No ganó nada a partir de un día en que el niño le escupió a la cara el bolo que llevaba masticando diez minutos. Huevos revuel-tos con tomate picado. Amarillo y rosa por su rostro petrificado. No pateó una silla ni le dio un bofetón ni se clavó las uñas de la rabia, pero no ganó.

El bolo entra, el bolo sale, he ahí una separación básica entre el bien y el mal, y todo lo que queda en medio es como alimentarse de caca. Lo podría haber hecho mejor con R., supone. Su único hijo lleva diez años sin visitarla. No fue por los desayunos desperdiciados, ni por las sopas desparramadas, ni por las macedonias en la basura. Era una voluntad contra otra voluntad. Era su propio cuerpo contra ella, una lucha que fue abandonando poco a poco. A

medida que cumplía años, a medida que todo se desmoronaba. No reconoció las señales pero estaban alrededor y dentro suyo, como sedimentos. Se esfuerza en llevar otro trozo de biscote a la boca y la mirada se le fuga a las ventanas de la sala, altas e inútiles. Fluorescentes a tres metros de altura y una mañana que nunca se convierte del todo en mañana.

Entra de lleno la memoria de una cocina anterior, con una luz gris e igual de deslavada. Era su primer año de estudiante, a cuatrocientos kilómetros de casa. Grasa marrón goteando por los azulejos, un fregadero donde los platos se amontonaban por días, con restos mordidos de pizza y salsa de tomate fría. Ha pasado la noche de fiesta y ha vomitado hace un rato todo el alcohol ingerido. Dos personas de más de metro setenta se sientan en sus rodillas. Los huesos de sus caderas se le clavan en los muslos, pero le hace aún más daño el hecho de que la estén obligando a comer. El tenedor con tortilla como una tenaza al rojo vivo. No recuerda sus nombres: sabe que estaban armados de buena voluntad, de toda la buena voluntad que ella intentó tener con R. hasta que llegó el cansancio. Lloriquea un poco pero traga el huevo recocado, todos piensan que es por la curda, no se atreve a delatarse. Ninguno de aquellos compañeros, que fueron y vinieron por el piso a lo largo de cinco años, se da cuenta realmente de que no se alimenta. Para todos tiene una excusa distinta. No comió mucho en aquella época. Estaba en guerra.

Cuando R. nació, después de haberlo esperado tanto, era una persona completamente distinta. Estaba abierta como una flor, tenía una primavera en la cabeza y amaba su cuerpo que había creado a otro cuerpo. R. no soportaba que le obligase a terminar el desayuno. Ella no soportaba que el crío rechazase los festines con que lo recibía en la mesa.

Lo que no tenéis que hacer, niños, es desayunar caca: aquella mujer vieja, dura como una barra fría de mantequilla, tenía en su salón a cinco o seis chiquillos cada fin de semana y gran parte de las vacaciones escolares. Ella los llamaba sus «regalos». No perdo-